

por L. D'ANDRAITX

¡Sea Vd. amable señorita!

*Esto le dije a una oficinista, en el despacho de una empresa donde fui por una consulta.*

*La chica (no creo que llamarla así ofenda su pretendida finura) miróme entre sorprendida e interrogante.*

*—Si, créame Vd., —insistí— para que el cargo que desempeña en este lugar, debería acentuar más sus dotes de simpatía; no carece de ellas y con un poco de buena voluntad puede sacarles más rendimiento. El público que desea informarse aquí espera y merece una atención que Vd. le regatea.*

*Ella esbozó entonces una sonrisa aparentemente afable, pero que traicionó una contestación poco airosa.*

*—Mire, señor, si Vd. cree que debe darme lecciones de urbanidad, está equivocado. Hace tiempo que he salido del colegio y ya sé como debo tratar a las personas. Además, estoy convencida que cumplo con mi obligación de empleada. Lo demás no me importa.*

*Buena contestación. Y correcta. Buena y correcta para una persona a quien hay que reprobar su falta de amabilidad y su actitud. Mala, muy mala contestación, y desatinada, para ser expresada por otra señorita, y por todas las señoritas que debieran ocupar el puesto que ocupaba aquella.*

*He aquí una prueba más, entre las muchas que a diario pueden presenciarse de como son incompatibles muchos cargos con la manera de ser de las personas que los desempeñan. Aquello de «cada cosa en su lugar, y un lugar para cada cosa» es igualmente aplicable a los empleos y las personas. Cada uno a su empleo apropiado y un empleo apropiado para cada uno. Es desagradable hallar tanto empleado y empleada, con cara de vinagre y recibiendo los clientes poco menos que a patadas. El público está hastia-*

Cartagena, plaza fuerte, respira Historia. Por ser fuerte, mucho se le habrá exigido, y es muy probable que no haya sido un pueblo feliz. Sus muros viejos acusan combates y dolor; sufrimiento. Y pensando que había sufrido, la amé ya de antemano, por puro imperativo. Y, ya con amor, seguí el camino hacia su alma; que el alma es lo más importante de las ciudades, de los caminos, de las cruces de término...

La existencia de la antigua Mastia, la actual Cartagena, parece remontarse a dos mil años antes de J. C., cuando consolidóse el pueblo ibero, hermano de los yábanos, los pelasgos y los celtas, después de su exódo hacia occidente desde su primitiva residencia del Asia Central.

Mastia, con su puerto natural de cerrada boca, con las importantes minas de la Sierra, en sus límites norte y noreste, despertaron antiquísimas apetencias en el ánimo de los primeros pueblos navegantes. Más, teniendo en cuenta que los iberos desconocían absolutamente el beneficio de los metales, y no daban importancia a las propias riquezas de su suelo.

Mastia, pues, representó reposo para las naves aventureras y botín para sus hombres. Y todo ello en el espléndido marco de un paraje encantador. Cierto; no fueron siempre los montes de Cartagena desnudos de vegetación como los vemos ahora. No es zona que le corresponda, por su clima, un paisaje tan pobre, tan enjuto.

Diódoro de Sicilo dice que unos pastores de Iberia encendieron fuego en los montes y que el incendio se propagó a toda la extensión de la Sierra, y que duró tantos días que, después de arder los árboles, ardió también la tierra, hasta fundir y licuar el mineral argentífero que encerraba, el cual brotó a la superficie en forma de arroyo de plata pura.

Strabon y Posidonio refieren también el hecho, aunque en vez de suponer un incendio fortuito, admiten un fenómeno volcánico.

Desde aquella fecha, los mastianos perdieron sus bosques y su tranquilidad.

Fenicios, celtas, helenos... una invasión tras otra, iba saqueando sus riquezas.

Los helenos se establecieron primeramente en el actual pueblo de Escombreras, pero luego se fundieron con los iberos, haciéndoles partícipes de sus adelantos; también les impusieron sus dioses. Empezaron en Mastia las fortificaciones y las defensas. Había nacido una plaza fuerte. Su poderío le valió el quedar al margen de las vicisitudes de las guerras púnicas, gozando de absoluta independencia, salvo una última

fase de protectorado cartaginés, más nominal que efectivo. Hasta que el puerto de Mastia y la jefatura de su estado, pasaron a manos de Asdrubal, como dote de su esposa, hija de un rey ibero. La dominación cartaginesa comprendió sólo un período de catorce años, de influencia tan efímera que sólo dejó el nombre de la ciudad como recuerdo: Carthago-Nova, Publio Cornelio Escipión la conquistó para los romanos, costándole la toma de la ciudad a la República dos coronas murales.

Cartagena fué creciendo en importancia bajo el dominio romano, (1), hasta principios del siglo V, cuando se produjo la invasión de los bárbaros.

«La destrucción de Cartagena por los vándalos fué tal, que nunca más volvió a restaurarse, y desde esta devastación en adelante, no hay ninguna mención de ello» Dice Cl. Morales, pero parece ser que su ocupación por los godos fué aun más terrible. Durante la dominación árabe, también el nombre de Cartagena es silenciado. Vuelve de nuevo Cartagena a dar señales de vida bajo el reinado de Alfonso X, al ser reconquistada por D. Jaime de Aragón en nombre del rey de Castilla. Cartagena se reintegra a la Historia.

Hoy en día, Cartagena explota con tesón sus tesoros mineros; beneficia plomo, hierro y plata, y está en preparación el tratamiento de la blenda para la obtención del zinc.

Su puerto sigue siendo amparo y abrigo, para toda clase de buques. Es una de nuestras principales bases.

En Escombreras, donde las fenicios se establecieron a su arribo, ostenta su ultramoderna refinería, y la central termo-eléctrica que produce 280 mil kilowatts, y para cuyo alimento se aprovechan los residuos de aquella.

En sus pelados montes, aparecen aquí y allá manchones verdes, signo indeleble de una repoblación forestal cierta.

Cartagena sigue fiel a su destino de Plaza Fuerte, de pueblo rico y trabajador. Pueblo duro algo receloso, como si el recuerdo de invasiones, de tantos sufrimientos, hubiese quedado impreso en su sangre y en su mente.

L. d'Andraitx

(1) Corresponde a esta época la vía enlosada que cruzando por nuestra ciudad en el lugar denominado «Puig de les Cadiretes», unía el bajo Pirineo con la importante Carthago-Nova.

*do de tener que apechugar con tanto burócrata antipático. Toda persona empleada detrás de una ventanilla de despacho debería reunir un mínimo de esa cualidad tan apreciada llamada «don de gentes» sin la cual no es po-*

*sible atender satisfactoriamente al público.*

*Así como en el vestíbulo de ciertas oficinas se pone un cartel que reza «Sed breves en vuestros asuntos», también correspondería colocar otro en el interior de*

*las oficinas (especialmente las públicas) que dijera algo así: «Sed amables con los clientes».*

*Y si se cumpliera la indicación, ¡cuánto mejor no marcharían muchas cosas!*

Xavier